

JAIRO MARCOS Y
M.^A ÁNGELES FERNÁNDEZ

Memorias ahogadas

Índice

RETRATO DE UN ESTADO HIDRÁULICO

1. El ideólogo del muro. *Embalse del Porma*, 9
2. La mano de obra presa. *Embalse del Ebro*, 31
3. El cierre de la democracia. *Embalse de Riaño*, 63
4. Piedras, papeles y futuros imperfectos. *Embalse de Jánovas*, 97
5. Una arqueóloga con mala leche. *Embalse de Valdecañas*, 129
6. Arriba los cincuenta blancos. *Pueblos de colonización*, 151

PALABRAS A LA DERIVA

7. Reflejos del agua, 181
8. A la sombra, 201
9. «Lo perdimos todo», 237

ÉRASE UNA VEZ...

10. Las locuras de la Guerra Civil.
Embalse de Buendía, 257
11. El hombre rana y otros bichos raros.
Ríos o lo que de ellos queda, 299
12. Lugares para que nadie olvide.
Tragedias en los saltos de Torrejón y en Ribadelago, 327

Bibliografía, 351

Agradecimientos, 365

RETRATO DE UN
ESTADO HIDRÁULICO

El ideólogo del muro

EMBALSE DEL PORMA

—OTRO JOHNNIE WALKER CON hielo, Felipe.

Aquella primavera, la de 1961, la Venta de Remellán, a medio camino entre Boñar y Valdecastillo, contaba con un huésped estable acompañado por su mujer y sus tres hijos. Sobre el improvisado escritorio de Juan, una mesa rectangular y sillas desnudas sin otra pretensión que la de servir de sostén para un buen almuerzo, no faltaban las tortillas ni las truchas, dos especialidades de la casa regentada por Felipe. Tampoco la bebida, que entre las ocho de la tarde y las diez de la noche desaparecía en dosis milimétricas: a güisqui por folio y a dos folios por jornada. Sus dedos gruesos, los propios de un treintaero de casi dos metros de sobria estatura, arrastraban el lapicero sobre un papel en blanco cuando no empujaban una a una las teclas de la máquina de escribir. A la suficiente profundidad como para corregir por tercera vez su primera novela, *El guarda*. Con la suficiente rapidez como para darle tiempo a dirigir desde allí los designios directos de más de ochocientos hombres y un río, el Porma.

Castellanos, gallegos, extremeños, también *gentes* de Portugal y de Cabo Verde, entre otros orígenes varios. Eran los *carrillanos*, en alusión a una época en la que aquellos obreros viajaban en tren hasta sus puestos de trabajo. Gente que podía estar hoy sí y mañana no; hoy venían doscientos, mañana marchaban trescientos y al día siguiente llegaban ciento cincuenta; gente que gastaba lo que cobraba. Todos hombres. Entre ellos, también leoneses como Julián, uno de los tantos que amanecían con la única encomienda de cumplir las órdenes de su primer jefe, Juan, el madrileño con aires de inglés que supervisaba las obras. Con apenas dieciocho años recién cumplidos, Julián pasaba los días en una oficina «pegada al muro». Nemesio, el maestro de Vegamián, le había enseñado a echar las cuentas, así que le tocaba hacer las nóminas de los *carrillanos*, incluso a sabiendas de que esas mismas cuen-

tas acabarían expulsándolo de su casa, arrebatándole sus raíces, las montañas leonesas. Así fue como Julián comenzó a trabajar para vivir una vida que no le había tocado por nacimiento.

—Hay que cerrar el día tal. Y eso de marchar a las siete de la tarde, a las ocho... igual eran las dos de la mañana y estábamos allí. Y a las dos de la mañana te decían: «Bueno, dejadlo y mañana a las ocho estáis aquí otra vez». Y te marchabas por tus medios, como mucho, una bicicleta. Yo lo tenía cerca, habría cuatro kilómetros. Si llovía, llovía; si nevaba, nevaba; y si hacía bueno, pues hacía bueno. No había otra.

La constructora MZOV operaba bajo unas condiciones difíciles. Era lo que había y, de la zona norte de León, raro era el que no trabajaba para unas siglas que con los años terminarían convirtiéndose en Acciona. Volcados en la ganadería desde tiempos remotos, poco a poco aquellos paisanos fueron vendiendo sus cabezas.

—Claro, uno no va a esperar al último día —defiende Julián.

¿Solución? El muro. No había otra. Apenas unos pocos renegaron del traspies del destino con la cabezonería de quien sabe que la resistencia apenas dura un tiempo; familias como la de Isidoro, que ya sin luz aguardó hasta que el agua asomaba por sus tobillos; y familias como la de Marcelino, que semanas antes se llevó los animales hasta las llanuras de Palencia, a un mundo muy diferente. El resto, habas contadas, oriundos y foráneos, hacían lo que podían, lo único que les quedaba. El muro. No había otra.

—En aquella época era sí o sí... Si te oponías, ¿qué hacías? Nada... Llamaban a la guardia civil, te cogían por el cuello y... y te vas sí o sí —asegura Julián.

En febrero del 64, con unas heladas de veinte bajo cero, esto Julián no lo olvidará nunca, llegó una cuadrilla de Extremadura. A los tres días tuvieron que marcharse porque no aguantaban. Dentro del túnel la temperatura se sobrellevaba a duras penas y fuera era sencillamente inasumible, así que, en cuanto salían del agujero, se metían en los barracones que había instalado la empresa como vivienda y permanecían quietos, bien quietos al pie de una vieja estufa.

De las peores inclemencias del tiempo algo se libró Julián porque vivía o, mejor dicho, dormía en casa de sus padres y porque su jornada laboral transcurría principalmente dentro de esa oficina junto al muro y entre cuentas que un día llegaron al millón de pesetas.

—En total, claro: uno ochocientas, el otro novecientas, el otro mil y pico, los del túnel igual cobraban mil trescientas o mil cuatrocientas.

Compartía instalaciones con otra decena larga de compañeros. Tal vez parezcan muchos, pero es que todo era a mano. «Todo a mano», repite Ju-

lián. En unas sábanas de papel sobre las que se hacían las sumas, una fila, otra fila y otra... al final no cuadraba algo y tocaba volver a empezar para ver dónde estaba el desfase: en el no sé qué del salario, en el cuántos de familia, en el plus de desplazamiento. Todo eran céntimos. Julián recuerda cuando su sueldo llegó a las mil pesetas.

Los números crecían tanto que al fin la constructora decidió comprar una máquina de multiplicar, una de esas alargadas con una manivela del lado izquierdo a la que había que dar tantas vueltas como número de veces se quería reproducir la cantidad. Solo la usaba el jefe administrativo. El aparato emitía su característico sonido metálico a cada giro completo de la manija. Un ruido imperceptible fuera de esas cuatro paredes, donde lo único que se escuchaba eran detonaciones continuas. Empujada por unas baterías eléctricas de dos metros por uno de ancho, otra máquina, en este caso una de arrastre de vagones, era la encargada de introducir las cajas con explosivos, entre seis y ocho cada golpe, además de otras tantas de detonadores. Una vez dentro, el túnel se perforaba con unas barrenas de gran tamaño, los cartuchos se ataban de tres en tres y ¡bum! La montaña cedía poco a poco sus confines para acoplarse a las dimensiones del modelo diseñado por Juan. Que había una piedra un poco grande, pues cartucho de dinamita, un poco de barro para tapanlo y ¡bum!; que sobraba alguna caja, pues se dejaba por ahí. Juan tenía bien calibrado el riesgo: «Un metro de túnel, de cualquier dimensión, cobraba dos o tres vidas, con bastante suerte».

—La dinamita andaba como los paquetes de tabaco... El túnel ese a lo mejor tenía tres mil kilos... Se usaba para todo... Nos podíamos haber *matao* la mitad de ellos... Explota aquello, no nos encuentran ni con una criba.

Julián habla lento y, a cada frase, deja pasar unos silencios que dicen más de lo que callan. Como si todavía esperara que cada uno de esos huecos lo rellenara el sonido metálico de una manivela superada cada cierto tiempo por el estampido de la dinamita, como si recordar a medio siglo vista todavía retumbara en sus entrañas. Son las memorias ahogadas de un hombre enamorado de su pueblo, Vegamián, y de los muchos montes que lo rodeaban: Peña Rubia, Redonda, el Pico de los Álamos, Peña del Estabiello, Pico Grande, Alto Linares, Murias, Peña Susarón, Pico Torres, Peña de Armada, Mampodre, Pico Toneo, Peña de San Pedro, Aparejo Grande, Pico Cuerna, Las Curvas, Peña del Cueto, Collada Maraña, Sierra Cabrera, Pico Villaoscura, Aparejo Pequeño, Eras del Pico... Que lo rodeaban, en pasado.

—Soy de la montaña —reivindica, y deja sobre la mesa otro de esos silencios, uno que se posa amargo sobre la terraza improvisada del café-bar Avenida, a la entrada de Boñar, un bar de los de toda la vida, con sus paisa-

nos, con su puerta siempre abierta, con su cerveza y su tapa correspondiente, unas patatas bien bravas sobre las que yace boca arriba un moscón negro, quién sabe si aturcido por el excesivo ardor de la salsa.

Los recuerdos de Julián todavía ven al muchacho que con veinte años marchó a la mili y que, en cuanto regresó, se incorporó de nuevo a la empresa para quedarse nada menos que cuarenta y dos años en MZOV, hasta su jubilación. Regresó a MZOV pero no a Vegamián, a Vegamián ya nunca pudo regresar.

—Lo que más echo de menos es que cualquiera puede decir «me voy a mi pueblo»... Te guste más, te guste menos, sea más guapo, sea más feo... Que puedas ir... Y si no quieres saber nada con el pueblo, bueno, pues no vas... Pero yo no puedo decir «me voy a mi pueblo»... Eso se acabó... Te pueden quedar los recuerdos, todos los que quieras... Nada más...

Y las montañas, le quedan sus montañas. Con un padre agente forestal, de niño siempre estaba por el campo, correteando entre abedules, cerezos, acebos y unos robles de los que salía una madera estupenda para hacer parques. Lo hacía sin miedo alguno, bien rodeado de urogallos y también de osos, que por esta zona siempre ha habido. Desde que marchó fuera, mejor dicho, desde que lo echaron de estas montañas, cualquier excusa ha sido buena para volver a ellas. Aunque ya nada es lo mismo. Hasta los paseos han cambiado, y más si cabe desde que, durante la pandemia del coronavirus, abrieron una ruta literaria que une el municipio de Rucayo con los restos que aún quedan en pie de Utrero.

—La iniciativa es un detalle que está muy bien siempre y cuando le enseñe algo a la gente pero, coño, que lo cuiden un poco. Vamos a ver, ¿tanto cuesta poner cuatro estacas bien puestas para que el *ganao* no las tire cuando se arrima? Y luego prohíben todo.

Se refiere a los guardas que vigilan la conservación de un área considerada reserva de los Picos de Europa. Los guardas que conocen a Julián, pase, pero los nuevos...

—Oiga, ¿usted no sabe que por ahí no se puede andar?

—No, no lo sabía —responde irónico.

—Es que esto es una reserva y se molesta al oso y al urogallo y...

—Mire, a mí me salieron los dientes aquí. Cuando venía de niño había urogallos, gallinas, cabras y osos, podías ver ocho, diez, doce. Y ahora, con una mano me sobra. ¿Qué hicieron con todo eso? Desde que pusieron el *veda* ese, ni truchas, no ves una, y eso que era el río truchero mejor de España.

Confiesa que lleva muy mal las prohibiciones. «Todo prohibido, todo prohibido. ¡A la gente lo que hay que hacer es *llevarle* al campo y *explicarle* cómo tratarlo!». El valle de Pardomino, lo que resta de bosque, está condensado en

dieciocho kilómetros de una vegetación «digna de ver». Julián se separa unos metros de la senda marcada, dos metros de ancho de piedras y arena, y pierde la vista allá al fondo, en un redondo donde antes estaba Vegamián y donde ahora yacen sumergidos sus esqueletos cubiertos de óxido y de lodo. Desvía unos metros la mirada y la fija en el antiguo cementerio, hace mucho tiempo abandonado. Y como en cualquier sitio hay cafres, pues hace unos años pasaron por ahí, a saber qué andarían buscando, que corrieron unas losas.

La de los seres queridos bajo tierra en los despoblados repartidos por la geografía rural española es una losa difícilmente superable en dolor, un dolor que se multiplica cuando la capa de tierra queda superpuesta por toneladas de agua encima. Enterrados y ahogados, así quedan entonces los muertos, mientras los aún vivos palidecen ante la expectativa de no tener un sitio en el que descansar eternamente. En el caso del embalse del Porma, la Confederación Hidrográfica del Duero decidió hace años construir un nuevo cementerio en el que depositar los restos de los diferentes pueblos sumergidos. Lo hicieron, y lo mismo que lo hicieron, ahí lo dejaron cuando terminaron las obras, con las lápidas pasto del abandono. Julián lo ha denunciado por activa y por pasiva, por carta y por teléfono. Que si mejor llama la semana próxima, que han pedido un par de presupuestos y es mucho dinero, que tal vez el año que viene, que si la jefa de Patrimonio, que si el jefe de no sé qué...

—Se pasan la cosa de unos a otros. Ya por fin lo están arreglando. Nadie se preocupa. Yo porque he dado guerra. No tengo a nadie ahí, pero me daba verdadera pena pasar y verlo. Una Confederación, con el dinero que está ingresando con las centrales hidroeléctricas, que no tenga mil euros para repararlo... ¡Y no eran ni mil euros!

La magna idea del ingeniero que diseñó el embalse del Porma, la del bohemio que escribía los domingos y en sus ratos libres, «que son bastante extensos», el habitante por unos meses de la Venta de Remellán, iba a transformar por completo la vida de casi dos millares de personas, unas cuatrocientas solo en Vegamián, un pueblo con dos fábricas de leche de las de entonces, que no procesaban los litros que las de ahora pero que permitían llegar a fin de mes. Había dos escuelas, los chicos por un lado y las chicas por otro, unos sesenta en cada grupo; la calle de la escuela y la calle de la fuente, las calles sin nombre. Había un par de carpinterías, siete bares y una pensión, un aserradero. Y mucha mucha madera. Aparte estaba la ganadería, destinada principalmente a la leche y a la cría, si bien la ternera tenía una salida fuera de serie. Y por supuesto había agricultura, patatas, garbanzos, lentejas, alubias de varios tipos, todo en regadío, con unos canales abiertos por los márgenes que regaban para el ganado y para las patatas, buena parte

La mano de obra presa

EMBALSE DEL EBRO

LA PRIMERA VEZ QUE lo vio, descalzo y aterido de frío, Amparo estaba en la *cantinuca*: «Ahí empezó la vida». Su padre era cartero y, en los estertores de los años treinta, eso implicaba que la familia al completo, el matrimonio y sus cinco criaturas, vendía productos básicos mientras servía bebidas y despachaba cartas en aquel local todo-en-uno de Las Rozas de Valdearroyo. En cuanto sentían el chirrido de los raíles, Tere, la propia Amparo, Poli, Luci y Elena, cualquiera corría a la estación, muy cerca de la casa, para que el interventor soltara la correspondencia por la ventana y vuelta a la *cantinuca* para entregarla. Los giros y los certificados los repartían puerta por puerta en días alternos hasta Bimón, que había un rato, algo más de siete kilómetros a pie con alpargatas de esparto. En tiempos de invierno y por eso de las estrecheces de la luz diurna, la abuela Guadalupe iba a buscarlos de regreso a media *pradella*. Cuando nevaba solo salía el padre, que tenía las abarcas preparadas y ya era otra cosa, siempre y cuando no nevara mucho, porque más de una vez las nieves obligaban a parar el tren y entonces no había carreras ni había interventor ni había carta alguna, que no es como ahora, que frío sigue haciendo y también nieva, pero de otra forma.

Los tejemanejes con la correspondencia apenas eran una ayuda de menos de una peseta al día que no daba para casi nada. La mina era el verdadero sustento desde que Goyo se casó y dejó su puesto de sargento de caballería en Burgos para estar el máximo tiempo posible al lado de Paca, su mujer. Desde entonces acumulaba horas como entibador en los yacimientos de lignito, un carbón de muy mala calidad, y cuando la familia comenzó a crecer, la mejor opción para atropar dinero fue hacerse con la pareja de vacas y cuatro ovejas, que así era la sobrevivencia en pueblos cántabros como Villanueva. Con las hijas ya algo mayores, Goyo también asumió la cartería del municipio colindante de Las Rozas, dos correos al día, a la una y a las tres de la tarde.

Por no ir y volver en balde, las chicas al principio se quedaban mirando en la estación esas dos horas intermedias, hasta que se les ocurrió abrir la taberna todo-en-uno. Lo consultaron con el alcalde, el militar Florencio Callejo, y recibieron su visto bueno. Después vino la casa que piedra a piedra, masa de cal y arena mediante, levantaron Paca y Goyo en Las Rozas de Valdearroyo, aun a sabiendas de que el agua amenazaba con inundar todo aquello independientemente del esfuerzo. Pero aquellos rumores eran tan añejos que decidieron tirar para adelante, carretilla va y carretilla viene entre Villanueva y Las Rozas, con la cara bien colorada del esfuerzo.

En la *cantinuca* tenían de todo y no tenían de nada, un poco de cada cosa. Lo mismo servían un vaso de vino que vendían un kilo de arroz. Los hombres llegaban a echar la partida por la tarde, un blanco o lo que les apeteciera en ese momento. Las conversaciones a menudo giraban en torno al tiempo y a la cosecha, temas que comprometieran lo menos posible en tiempos políticamente convulsos.

—Octavio, ¡qué bien te veo!

—Hombre, si estás aquí, Lino. Muy bien.

—Contigo no hay quien pueda. Hace fresco esta tarde, ¿eh? Ahora parece que calma, pero...

—Seis grados bajo cero había esta mañana cuando he salido con mi padre, que tenía que arar las fincas. No son grandes, pero son siete. ¡Siete a golpe de azada y riñón! Así que todo el día *dobla*o.

—¿De *sembra*o todo?

—Trigo, patata, cebada. Hasta las peñas ya sabes que son fincas muy provechosas.

Entre esas cuatro paredes trabajó la familia de Amparo. Todos fueron carteros, aunque tampoco es que tuvieran dónde escoger; lo que había, había. «No se podía decir me gusta más esto que lo otro porque a lo mejor a uno le gustaba más tumbarse *ahi*. Había que hacer lo que mandaran. Allí ayudó *to'criso*. Y nada más». Amparo tuvo la oportunidad de asistir a la escuela en Villanueva, pero muy poco porque no admitían hasta los siete años y porque luego, si te llamaban, pues te llamaban «y nada más». Ella asistió temporadas sueltas, cursos enteros ninguno. Y lo mismo Teresa y lo mismo Hipólito y lo mismo Lucila y lo mismo Elena; siempre en ese estricto orden, en el que nacieron y en el que los recita Amparo; cuatro hermanas y un hermano más Eulogio, que se murió enseguida, con nueve mesecitos, de esas cosas que les daban a los niños, de meningitis, «mejor no *le* contamos».

Escuela poca, «hombre, leer, escribir y las cuentas, dos y tres, pero ni un paso más», pero sabiduría mucha, la que le dio la necesidad, que con doce

años marchó a donde unos vecinos, Manuel y Braulia, trabajadores del campo algo mejor posicionados que su padre, para cuidar a los niños pequeños. Comida y alojamiento a cambio de hacerles una sopa y limpiarles las cacas, «lo normal de cada día. *Na* más que así». Y después, ya con la experiencia de sus catorce cumpleaños, se marchó a Bilbao, vuelta a cuidar de los hijos de unos amigos de otros tíos. Para aquel encargo ya iba aprendida, y una muchacha decidida como ella no le dio muchas vueltas a eso de irse tan lejos, aunque el viaje en el tren de La Robla, más de tres horas sola, se le hizo eterno, pero qué iba a hacer ella. Su padre la puso en el vagón con el billete, «y cuándo llegaré y cuándo llegaré», hasta que por fin vio a su tía en el andén y, «oye, los cielos abiertos». Poco más o menos dos años estuvo por la capital vizcaína, calle La Merced número tres, repite, hasta que su hermana mayor se casó y la necesitaron de regreso en Villanueva.

A cocinar le había enseñado su madre y hacía todo lo que pillaba, lo que más, cocido y puchero; y si no, pues una tortilla o un poco de carne guisada o un poco de carne asada; *pescado* no, que no había. Amparo no volvió a la escuela, aunque no es que le gustara mucho tampoco. «Mi hermano Poli y yo salimos un poco más torcidos *pa* estudiar, ahora, *pa* trabajar, los primeros. Teníamos alguna virtud. Y ya está». Pero sí, la escuela cuando mira atrás sí que le da envidia, «envidia buena, ¿eh? El saber es estupendo, y eso de leer y darle tono... yo sé leer, pero allá-que-te-voy-lo-que-pillo». El gusto por la lectura lo adquirió mucho más tarde, acompañada por la batuta y las directrices de Mayte, la sobrina que nunca se ha separado de las raíces familiares y la que le desveló el truquito para detenerse: cuando ve una coma, la dice para dentro, «coma», y lo mismo con el punto, «punto». «Ay, qué bien, qué bien». Ya de adulta, Amparo ha disfrutado aprendiendo.

Goyo y Paca siempre fueron severos en la educación de sus hijos, lo habitual en un ambiente en el que todo era muy autoritario, «igual *dema-siao*». Había que estar siempre pendiente del horario y, al menor despiste o travesura, azote que te crio. Las cosas se hacían porque se tenían que hacer y punto. Eso Amparo lo ve con la educación de sus nietos, que ella no se mete en nada, bien lo sabe Dios, pero qué distinto es ahora, mismo por nacer hoy lo tienen todo. De niña claro que jugaba: cuando tenía tiempo salía con la chavalería del pueblo a la iglesia, allí muy cerca de la casa, «ya sabes lo que es un pueblo, que todo está junto», a jugar al corro o a la tanga, una cosa redonda que ponían uno-dos-tres-cuatro-y-cinco y con una teja daban con el pie hasta ver dónde llegaba. Era lo que había, no tenían otros juguetes.

De moza siguió con la correspondencia y con la cocina y con los cuidados y con lo que tocara hacer en cada momento, como ir a la vía a por la

escarabilla, los restos de carbón sin quemar que tiraba a su paso el mixto de La Robla, el tren que transportaba mercancías y viajeros, y que servían para tener lumbre durante los meses de invierno. El caso era no estar parada, que era lo único a lo que su madre no le había enseñado, a no hacer nada: «Aunque sea, juntas las manos, entrelazas los dedos y haces círculos con los pulgares sueltos, *p'atrás* o *p'alante*, pero *paraos* no». Con la edad cambió los juegos por la casa de Paco el judío, el local en Villanueva donde había baile cada domingo desde por la tarde hasta que bajaban las ovejas, cuando ya había anochecido y el pueblo se recogía. Mientras los animales no dieran el tintineo de retirada, y nunca más tarde bajo riesgo de reprimenda, una señorita giraba el manubrio de un organillo del que salían las diferentes notas musicales y la juventud ponía el resto, unos con más habilidad que otros, zapatos especiales cuando era posible porque allí era donde se fraguaban los matrimonios del futuro. Amparo bajaba al baile, pero no era lo suyo y se movía «*toa esparrancada*» de un lado para otro, primero el peso sobre su lado izquierdo y luego sobre el derecho y otra vez sobre el izquierdo, en un balanceo desacompasado que era su mejor y único paso. La de veces que su hermana mayor, Tere, la imitaba entre risas delante de su familia.

—Mire, madre, mire cómo baila Amparito.

—Ah, ¿sí?, pues no vuelvo a bailar. *Pa* que no se rían de mí.

—Mujer, pero si es muy fácil, apaciguaba Paca.

—No sé, chica, a mí se me cruzan las piernas y no sé bailar. Pero, bueno, cada uno tiene sus virtudes, ¿no?

UNA MUJER de unos sesenta años aparece de improviso en el salón de Amparo, las dos en bata y zapatillas de andar por casa. Levanta unos papeles que hay sobre la mesita, se acerca al teléfono y mira por un lado y por el otro, también al fondo, por si acaso, pues no sabe dónde ha puesto los audífonos; le pregunta a Amparo qué está contando, que había quedado en avisarla cuando llegara la visita y nada. Es Marieli, la vecina de enfrente, con llave para cualquier urgencia. «Nos hemos puesto a hablar y no me he acordado. Me he *emocionao recordándome* de las cosas», se disculpa su amiga. De la pared cuelga un diploma de corte y confección de un curso que hizo hace años animada por unos vecinos y «sí, sí, *le saqué bien*. ¡Qué chula soy!».

Amparo González acaba de cumplir noventa y siete años. Rebusca recuerdos en su memoria y los ofrece generosa a cachitos, uno detrás de otro, apuntalándolos con unas muletillas que permiten zanjar la conversación so-

bre sus «cosas de vieja» sin excusas, como si una y otra vez anticipara que son solo eso, cosas de vieja de las que, en cualquier momento, deja de hablar «y punto». En su piso de Burgos está muy bien, gracias a Dios, que la ha *dejao* vivir hasta aquí, con sus achaques, como se dice, pero lo demás bien, no tiene nada más que el dolor de corazón, que eso no se lo quita nadie. Sobre todo, por el hijo mayor, José San José, «a ver dónde estás, hijo, que no te veo, aquí, aquí está la foto de José», que se le murió hace un par de años. Le queda Javier, que es muy majo y todo, pero es que José era distinto completamente, siempre pendiente de su madre.

Tiene la suerte de que abajo está la tienda y encuentra de todo: pan, leche y lo que le haga falta. «Estoy *mu* surtida y la Marieli además está pendiente. ¿Qué más quiero? Lo tengo todo, me parece a mí». Muy importante, la iglesia le queda a un paso y baja todos los días a la ofrenda de las doce, que no quiere quedarse «hecha una chocha». Entre misas, rosarios y novenas, en su casa siempre se ha rezado, y ella lo sigue haciendo a diario, en Burgos primero fue en la parroquia de San Cosme y después en la de San Martín de Porres, cada mañana a las ocho, hasta que cayó enferma y se pasó a un horario más cómodo. Que respeten su misa de doce es, de hecho, la única condición que pone para compartir sus memorias. Porque al culto diario no falla ni en pandemia, es una de las fijas con y sin mascarilla, que la otra semana don Jesús la riñó, pero ella no lo hizo adrede, fue cosa que se le olvidó con esto de tener tan mala cabeza y, ya que estaba, pues cómo iba a marcharse sin escuchar la eucaristía.

CON UNAS alpargatas rotas, más bien descalzo y medio desnudo, con el frío que hacía. Así fue como Amparo vio por primera vez a Domingo en la *cantinuca*. Las malas condiciones no le sorprendieron en absoluto, pues eran el aspecto habitual de los forasteros que llegaban al pueblo, aunque nunca terminó de acostumbrarse. Le daba mucha pena y llevaba muy mal ver cómo sufrían, porque pasaban hambre y frío, verdadera necesidad. Muy duro, que no es lo mismo hablarlo que vivirlo. Sufrió tanta *morrina* que se marchó unos días a Bilbao para coger aire y distancia, pero regresó y lo mismo, ahí seguía su pena, que era tanta que le hizo ponerse en boca de quien no debía, como el día que uno de los imaginarias se acercó a darle un toque a la *cantinuca*.

—Tengo que echarte la bronca, Amparo.

—Pues ¿qué he hecho?

—A quién se le ocurre dar cosas a los presos.

Bibliografía

CAPÍTULO I: EL IDEÓLOGO DEL MURO. EMBALSE DEL PORMA

FUENTES PERSONALES

- Conversación personal con Isidoro de la Fuente. León, julio 2021.
Conversación personal con Julio Llamazares. Madrid, enero 2019.
Conversación personal con Julián Martínez. Boñar, julio 2021.
Conversación personal con Roberto González. Cascón de la Nava, junio 2021.
Conversación personal con Vicente Peláez. León, julio 2021.

FUENTES DOCUMENTALES

- Acevedo, José Antón, e Isidoro de la Fuente: *Vivir en la memoria*. León: Ferecor, 2015.
Acevedo, José Antón, Isidoro de la Fuente, y Ángel Luis Martínez: *Peñamián. La historia bajo el agua*. León: Asociación Cultural Peñamián, 2018.
Benet, Juan: «Caín en Riaño». *El País*, 04-12-86. Disponible en: https://elpais.com/diario/1986/12/04/opinion/534034813_850215.html
—«Grandeza y miseria de la media». *El País*, 28-08-83. Disponible en: https://elpais.com/diario/1983/08/28/opinion/430869604_850215.html
—«Sequía y crisis». *El País*, 31-05-92. Disponible en: https://elpais.com/diario/1992/05/31/opinion/707263201_850215.html
—*Volverás a región*. Barcelona: Destino, 1974.
García Pérez, Francisco: *Una meditación sobre Juan Benet*. Madrid: Alfaguara, 1998.
Llamazares, Julio: «Benet y yo: distintas formas de mirar el agua». Inédito.
—«El sueño de Juan Benet». *El País*, 27-01-09. Disponible en: https://elpais.com/diario/2009/01/27/opinion/1233010805_850215.html
—«Identidad». *El País*, 22-10-15. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2015/10/21/opinion/1445449878_373962.html
—«La llave». *El País*, 29-03-19. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2019/03/28/opinion/1553798725_511621.html
—«La memoria». *El País*, 16-09-17. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2017/09/15/opinion/1505482927_527471.html
—«Regreso a Riaño». *El País Semanal*. 21-06-07. Disponible en: https://elpais.com/diario/2007/06/24/eps/1182665761_850215.html
—«Un “cementerio marino” emerge en el valle leonés de Vegamián, al borde de la cordillera Cantábrica». *El País*, 24-12-83. Disponible en: https://elpais.com/diario/1983/12/24/espana/441068424_850215.html

- «Vegamián, un lugar en la ficción». *El País Semanal*. 11-02-15. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2015/02/10/eps/1423570330_873988.html
- Muñoz Álvarez, Javier: *Juan Benet: a veces un ingeniero extraño*. Madrid: Fundación Esteyco, 2019.
- Rodríguez, Elena: «Porma, el silencio de ocho pueblos». En *Hundidos. La memoria bajo el agua*. La 8 León, 2022. Documental. Disponible en: www.cyltv.es/videoSH/4577ebd5-291d-4255-a1f7-f092a253f184/Hundidos-Cap3-Porma-el-silencio-de-ocho-pueblos
- Vivas, Ángel: «Los amigos de don Juan». *El Mundo*, 02-05-18. Disponible en: www.elmundo.es/cultura/2018/05/02/5ae99528468aeb996c8b45bo.html

CAPÍTULO 2: LA MANO DE OBRA PRESA. EMBALSE DEL EBRO

FUENTES PERSONALES

- Conversación personal con Amparo González. Burgos, octubre 2020.
- Conversación personal con Audelino (Lino) Robledo, Rafael de Andrés Seco y Octavio Sierra. Reinosa y Polledo, octubre 2020.
- Conversación personal con Elena González. Arija, mayo 2021.
- Conversación personal con Javier San José. Isla-Arnuero, diciembre 2020.
- Conversación personal con Jesús Fernández-Navamuel. Llano de Valdearroyo, mayo 2021.
- Conversación personal con Mayte Olarte. Alcalá de Henares, abril 2022.

FUENTES DOCUMENTALES

- Acosta, Gonzalo, et al: *El canal de los presos (1940-1962): trabajos forzados. De la represión política a la explotación económica*. Barcelona: Crítica, 2004.
- Conde, Francisco: «El pantano del Ebro: un laboratorio para la didáctica de la geografía». Trabajo de Fin de Grado inédito.
- Confederación Hidrográfica del Ebro: *El pantano del Ebro*. Madrid: Confederación Hidrográfica del Ebro, 1947.
- De Andrés Seco, Rafael, y Antonio Ruiz: *El pantano del Ebro y el puente Nogueroles. Mirando al futuro sin olvidar el pasado*. Reinosa: Comisión campurriana para la historia del pantano del Ebro, 2018.
- Fernández-Navamuel, Jesús: «Los que nacimos en la orilla». Inédito.
- Los resistentes del pantano del Ebro*. Madrid: Vivelibro, 2017.
- Ojos de terciopelo*. Madrid: Vivelibro, 2014.
- Vecinos buenos de Arija, Corconte, Llano de Valdearroyo y Santa Gadea. Hombres anónimos nacidos en esta tierra*. Madrid: Ediciones Doce Calles, 2020.
- Hernández de Miguel, Carlos: *Los campos de concentración de Franco*. Barcelona: Penguin Random House, 2019.
- Jorrín, Emilio: *La cuna del Ebro*. Torrelavega: Cantabria Tradicional, 2002.
- Lafuente, Isaías: *Esclavos por la patria*. Madrid: Planeta, 2018.
- Tiempos de hambre. Viaje a la España de posguerra*. Madrid: Temas de Hoy, 1999.
- Lorenzo Pardo, Manuel: *La conquista del Ebro*. Zaragoza: Heraldo de Aragón, 1931.
- Maestre, Antonio: *Franquismo S. A.* Tres Cantos: Akal, 2019.
- Marcos, Jairo, y M.ª Ángeles Fernández: «Nogueroles: el puente que se le cayó al franquismo sueña su reconstrucción con fondos europeos». *Público*, 08-11-20. Disponible en: www.publico.es/politica/nogueroles- puente-le-cayo-franquismo-sueña-reconstruccion-fondos-europeos.html
- Montero, José: «El pantano del Ebro». *El Cantábrico*, 07-11-1913.
- «El pantano del Ebro». *El Cantábrico*, 09-11-1913.
- Ortuño, José Vicente: *Raíces amargas*. Barcelona: Pomaire, 1971.

- Pérez, Rosa: «La cárcel del agua». *Página Alternativa de Reinosa y Campoo*. 31-03-07. Disponible en: <http://vacarizu.es/drupal/articulo/la-carcel-del-agua>
- Sueiro, Daniel: *La verdadera historia del Valle de los Caídos*. Madrid: Sedmay, 1976.
- VV. AA.: *Notas sobre la historia del pantano del Ebro*. Matamorosa: Fundación Alto Ebro, 2002.

CAPÍTULO 3: EL CIERRE DE LA DEMOCRACIA. ÉMBALSE DE RIAÑO

FUENTES PERSONALES

- Conversación personal con Alberto Sierra. Riaño, julio 2021.
- Conversación personal con Carmen (Carmina) Allende. Cascón de la Nava, junio 2021.
- Conversación personal con Esther Díez. Burón, julio 2021.
- Conversación personal con Francisco (Paco) París. León, julio 2021.
- Conversación personal con Guille Jové. Palencia, noviembre 2021. Y telefónica, febrero 2022.
- Conversación personal con Julio Llamazares. Madrid, enero 2019.
- Conversación personal con Marcos González. Riaño, julio 2021.
- Conversación personal con Moisés Fernández. Cascón de la Nava, abril 2021.
- Conversación personal con Tomás Pérez. León, julio 2021.
- Conversación personal con vecinas y vecinos de Burón. Burón, julio 2021.

FUENTES DOCUMENTALES

- Díez, José Manuel: «Los usos del pasado. Memorias de un territorio transformado: Riaño (León)». Trabajo de Fin de Máster inédito.
- Domínguez, Carlos J.: «Los últimos amenazados de desalojo por el pantano de Riaño: “Si sube el agua hasta la casa, que pase, que es su dueña”». *iLeón*, 28-01-18. Disponible en: https://ileon.eldiario.es/provincia/nuevos-desalojados-pantano-riano-sube-agua-casa-pase-due-na_1_9419987.html
- Espinosa, Dolores, y Mario Santos: *Mi valle*. 2016. Documental.
- Guille Jové y Fauna Ibérica: «Jota Para Riaño». *La memoria del barro*, 2019. Canción.
- Llamazares, Julio: *Luna de lobos*. Barcelona: Seix Barral, 1985.
- Los Suaves: «Dolores se llamaba Lola». *Ese día piensa en mí*, 1989. Canción.
- Molino, Sergio del: *La España vacía*. Madrid: Turner, 2016.
- Mur, Manuel: *Orgullo*. 1955. Película.
- Redacción: «La sequía de manantiales obliga a Riaño a “tirar” de cubas y cortes de agua». *Diario de Valderrueda*, 09-08-20. Disponible en: www.diariodevalderrueda.es/texto-diario/mostrar/2053371/sequia-manantiales-obliga-riano-tirar-cubas-cortes-agua
- Rodríguez, Elena: «Riaño I, la lucha por el agua». *Hundidos. La memoria bajo el agua*. La 8 León, 2022. Documental. Disponible en: www.cyltv.es/videoSH/b6d762bd-4757-4173-a76e-13535dfec185/Hundidos-Cap4-Riano-I-la-lucha-por-el-agua
- «Riaño II, la herida abierta». *Hundidos. La memoria bajo el agua*. La 8 León, 2022. Documental. Disponible en: www.cyltv.es/videoSH/7a3dd682-9276-45b2-bf5e-5fb5777da602/Hundidos-Cap5-Riano-II-la-herida-abierta
- Sánchez, Julio: *Luna de lobos*. 1987. Película.
- Santos, Mario, y Lores Espinosa: «Mi valle». *Hundidos. La memoria bajo el agua*. La 8 León, 2022. Documental.
- T. G.: «Payuelos denuncia que el nuevo Plan de la CHD les deja sin agua suficiente para regar». *La Nueva Crónica*, 11-12-21. Disponible en: www.lanuevacronica.com/payuelos-regadios-riano-plan-hidrologico-chd

Agradecimientos

NARRAR LAS MEMORIAS ES un ejercicio de escucha colectiva. Estos relatos son fruto de la generosidad de decenas de personas que nos han confiado sus recuerdos, que nos han abierto sus casas, que nos han servido de puente, que nos han mostrado el hilo del que tirar, que han llorado y reído con nosotros, que nos han abrazado con sus palabras. *Memorias ahogadas* es un agradecimiento a quienes creen que no tienen nada que contar.

Esta obra ha tenido el apoyo para su creación del Ministerio de Cultura y Deporte a través de la convocatoria de ayudas a la creación literaria correspondiente al año 2022.

El premio-beca literaria del Café Bretón & Bodegas Olarra ha sido el empuje definitivo para que estas páginas, tanto tiempo soñadas, sean una realidad. Gracias al jurado por confiar en nuestro trabajo. Y a la editorial Pepitas por la acogida.